

EL MÉDICO JÓVEN.

Que son contagios no febriles que no pueden verificarse mas que con el contacto y aplicacion inmediata del producto de la irritacion local, ya sobre la piel entera, ya sobre la misma despojada de su epidérmis. Pero todas las sífilis no son el efecto de un contagio.

EL SABIO.

Gusto de verle á Vm. tratar las grandes cuestiones de higiena, de estadística médica, y ventilarlas de un modo realmente filosófico; pero hallo que vuelve á caer Vm. en el esclusismo, y que se apocan prodigiosamente sus consideraciones, cuando le oigo decir que no tiene mas que sanguijuelas y agua clara que oponer contra la fiebre amarilla y la peste. ¿No posee Vm. algun específico que pueda combinarse con los miasmas corruptivos, atemperar su accion, ó comunicar á la economía el necesario vigor para espelerlos? Se recrea mi imaginacion con la idea de un antipútrido que, derramado en los humores,

ataja de una vez los infaustos progresos de su depravacion; como con la de un eficaz tónico que sostiene la fuerza vital en su lucha contra la materia morbífica, y la impide agotarse en inútiles esfuerzos. ¡Pero sangrías y agua, siempre agua!... ¡Qué triste perspectiva para un desdichado estenuado con las angustias del dolor!... ¡Es bien pobre la medicina de Vm.! confíeselo: es casi siempre negativa.

EL MÉDICO JÓVEN.

No lo es ella, Caballero, tanto como Vm. se discurre, supuesto que su principal efecto es desterrar del hombre las causas de su destruccion. ¿No es pues el que pára, en la esgrima, tan activo como el que ataca? Pero el error de Vm. trae su origen de la idea totalmente falsa que Vm. se forma del estado de la economía viviente en las enfermedades que nos ocupan. Se representa Vm. los miasmas como constituyendo una materia morbífica, una raiz corruptiva que se multiplica en los fluidos, asimilándolos á su propia naturaleza; y se

figura los sólidos como obrando en todos los tejidos con un igual vigor, para envolver este fermento en algunos humores particulares, é impelerle con violencia hácia lo exterior. No hay nada de ello, Caballero; esté Vm. seguro de que no hay nada, y me lisonjeo de probárselo á Vm. del modo mas completo.

La espulsion de los miasmas no es el objeto de los esfuerzos de la economía. Semejantes miasmas pueden introducirse allí, circular con los humores, impregnarlos á cada instante, y salir del cuerpo con los que están espeliéndose de continuo, como los sudores, la saliva, las orinas, los excrementos, sin que haya necesidad de esfuerzo ninguno extraordinario. No cabe duda en este hecho, supuesto que ninguna de las personas que están sumergidas en una atmósfera infecta, puede ménos de absorber los miasmas; supuesto que sus excrementos, los gases que se escapan de sus intestinos, están impregnados con estos miasmas, como lo saben los anatómicos, triperos, poceros, y cuantos, en una pala-

bra, pasan la vida en medio de las emanaciones pútridas. Lo que descompone el órden de las funciones, es la inflamacion que producen estos miasmas en los que no están habituados á soportarlos. Lo que espone la vida de estos enfermos, es pues tambien la inflamacion. Los esfuerzos que tiene Vm. por conservadores, como la calentura, no están de modo ninguno en proporcion con la cantidad de los miasmas absorvidos, sino en razon de la intension de la inflamacion; y paso á probárselo á Vm. con hechos irrecusables. El individuo en quien el miasma no produce inflamacion, soporta su accion por mucho tiempo sin experimentar todos estos esfuerzos, miéntras que el que está dispuesto á la inflamacion, no tiene necesidad mas que de esponerse un momento á la impresion del miasma para coger una fiebre de las mas violentas; y, aunque cuide de librarse inmediatamente de la influencia que la ha producido, alejándose del receptáculo de infeccion, lo que equivale á decir, aunque ya no reciba miasma nin-

guno, no dejará de correr todos los periodos del mal, si ninguna cosa ataja su curso; mientras que el primero continuará esponiéndose ileso á la influencia del miasma.

Este es el primer hecho en favor de mi opinion. He aquí ahora el segundo: si los esfuerzos del estado febril dependieran de los miasmas por espeler, no se terminarian jamas en un enfermo que permanece en el receptáculo, supuesto que estos miasmas estarian renovándose continuamente; sin embargo se terminan semejantes esfuerzos, y el convaleciente prosigue inficionándose sin experimentar recaída ninguna, á no ser que contraiga una nueva inflamacion. Si la cosa fuera de otro modo, ningun paciente se hubiera curado en el recinto de Barcelona, ninguno se curaria en el navío, en el hospital en que hubiera contraído su enfermedad.

Añádase á estos argumentos otro no ménos perentorio, y que va á conducirnos á la teoría de la curacion.

Si los esfuerzos febriles fueran absolu-

tamente necesarios para la espulsion de los miasmas, todos los enfermos en quienes á los principios se desgraciaran estos esfuerzos, serian víctimas infaliblemente de los progresos de la corrupcion. Ahora bien, se observa cabalmente lo contrario. Queda absorvido el miasma, que produce la inflamacion; una copiosa hemorragia accidental, tal como un flujo menstrual, un desangramiento de narices ó la inmersion en el agua fria (1), atajan la inflamacion, y el paciente se restablece con prontitud, aun en medio de un receptáculo de infeccion que prosigue suministrándole miasmas.

Todos los cuales hechos eran conocidos ántes de la doctrina fisiológica, pero como no eran esplicados, no se sacaba fruto ninguno de ellos para la práctica. En cuanto á nosotros, nuestras conclusiones son fáciles: supuesto que la presencia de los miasmas en la economía no presenta indicacion ninguna particular, la curacion

(1) Se viéron varios apestados, personas atacadas de la fiebre amarilla, curarse arrojándose en un rio ó en el mar.

de las fiebres producidas por los receptáculos de infección es la de la inflamación en general; y supuesto que la flemasía tiene su asiento en los órganos digestivos, esta curación es análoga á la de las gastritis y gastro-enteritis promovidas por cualquiera otra causa diferente de los miasmas pútridos.

EL SABIO.

Podría tener Vm. razón : pero sus curas por inmersión en el agua fría me parecen debidas á la acción fortificante del frío; porque he leído en los mejores autores que el frío es soberanamente tónico.

EL MÉDICO JÓVEN.

Esos autores, Caballero, le han engañado á Vm., como se engañan á sí mismos. El frío, tanto en lo exterior como en lo interior, disminuye la irritación; fortifica al que tiene mucha, y debilita al que no tiene la suficiente. Es tónico en la enfermedad de que se trata, como la sangría; pero sus efectos son menos seguros á causa de ser menos permanentes.

EL SABIO.

¿Admite Vm. pues debilidades por exceso de irritación?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sin duda; y cuantas son producidas por la inflamación, pertenecen á este número. Haga Vm. memoria de las *fiebres adinmicias*; y conoce las consecuencias de este gran principio.

EL SABIO.

Compréndolas; pero ¿no tiene Vm. para luchar contra las inflamaciones de las fiebres esenciales, que, en su concepto, no lo son, mas remedios que las sangrías, las bebidas refrigerantes, y el baño frío? Supuesto que Vm. rehusa algunos específicos para las flemasías miasmáticas, que Vm. llama también, creo, *tifos*, substitúyalos á lo menos con algunos medios vigorosos, y que no oiga yo hablar siempre de debilitantes.

EL MÉDICO JÓVEN.

Quedará Vm. satisfecho, Caballero;

ejercemos á veces, en estas flemasías, ciertas irritaciones que llamamos *revulsivas*.

EL SABIO.

Efectivamente, oigo hablar, poco hace, de revulsion; pero he puesto poca atencion en esto, á causa de que me parece que los antiguos maestros del arte no hacian mucho caso de ello.

EL MÉDICO JÓVEN.

Hacian sin embargo uso de la revulsion, pero era sin conocer el modo suyo de obrar.

EL SABIO.

Revellere, arrancar con fuerza, por consiguiente mudar de lugar; ¿no le aplica Vm. este sentido?

EL MÉDICO JÓVEN.

Eso es por cierto: irritamos una parte con la intencion de destruir la irritacion de otra. Así es como oponemos dolor contra dolor, inflamacion contra inflamacion, cuando aplicamos vejigatorios, cauterios,

etc.; pero los antiguos, que tenian por única mira la evacuacion de los humores, llamaban esta práctica *derivacion*.

EL SABIO.

Pues bien, no valia esa espresion la de Vms.?

EL MÉDICO JÓVEN.

Espresa ella el mismo hecho, pero aplicándole una teoría diferente. Me esplico: al poner ellos un vejigatorio, querian llamar hácia la piel los humores que se dirijan hácia los órganos interiores; empleando este medio nosotros, nos proponemos, como he tenido la honra de decírselo á Vm., substituir una irritacion exterior á otra interior.

EL SABIO.

¿En qué está pues la diferencia? Vms. han mudado la teórica; pero permanece una misma la práctica.

EL MÉDICO JÓVEN.

Falta mucho, Caballero, para que sea una misma. Hay que distinguir dos cosas en la accion de los revulsivos sobre la piel,

de los vejigatorios, por ejemplo : la irritacion, y la evacuacion de los humores. Los antiguos que no hacian atencion mas que á esta postrera, tiraban á llamar los humores hácia lo exterior, para desviarlos de los órganos internos; pero como, irritando la piel, se irritan siempre estos órganos, aumentaban frecuentemente la congestion humoral interna, en vez de disminuirla. Para obtener este último efecto, es preciso que semejante irritacion se haya debilitado por medio de las sangrías; que ella no sea inveterada, ni haya desorganizado las vísceras. Los modernos, que hicieron este reparo, no colocan los irritantes sobre la piel mas que despues de haber debilitado suficientemente con la sangría la irritacion interior; en cuyo caso la que ellos promueven en la piel se vuelve la mas fuerte, y se verifica la revulsion; es una de las grandes perfecciones que nuestra teoría introdujo en la curacion de las dolencias inflamatorias.

EL SABIO.

Pero ¿ como sucede que esta tan ma-

nifiesta irritacion de los vejigatorios y aquel crecimiento de la fiebre que debe seguirse, no se hayan echado de ver por los maestros del arte?

EL MÉDICO JÓVEN.

Lo echáron de ver con tiempo; pero esto no corrigió á los médicos; los cuales no halláron en ello mas que un medio de reparar las fuerzas abatidas, y creyéron hacer prodigios aplicándole á la curacion de las calenturas que ellos llamaban adinámicas. Pero he hecho ver á Vm. el mal efecto de los estimulantes internos en esta enfermedad; los de los vejigatorios son con corta diferencia los mismos, y el partido mas prudente es el de abstenerse de ellos.

EL SABIO.

Algunos quéhaceres me precisan á dejarle á Vm.; pero prométame que me dará mañana algunas luces sobre las enfermedades del pecho.

EL MÉDICO JÓVEN.

Contraigo ese empeño con sumo gusto.

DIALOGO TERCERO.

Inflamaciones de los pulmones.

EL SABIO.

Me ha pedido Vm., Caballero, la teoría de las enfermedades del pecho; las que mas importa conocer, son las inflamaciones. ¿Quiere Vm. que hable yo de las agudas ó de las crónicas?

EL SABIO.

De unas y otras. Sin embargo, no pienso que tenga Vm. que censurar en nada la curacion de las primeras; porque las fluxiones de pecho, que Vm. llama, creo, *peripneumonias* y *pleuresias*, se conociéron en todos tiempos, y se curáron acertadamente siempre con las sangrías.

EL MÉDICO JÓVEN.

Carecemos de todo espíritu censorador, Caballero; abrazamos la práctica antigua cuando es buena, y proseguimos curando

las fluxiones de pecho con el auxilio de las sangrías.

EL SABIO.

Me llena de gozo el verle á Vm. acorde con Sydenham, Tissot, y todas las mas respetables autoridades.

EL MÉDICO JÓVEN.

Un momento, Caballero; me ha interrumpido Vm. Iba á decirle que hemos perfeccionado mucho el uso de este medio en las enfermedades de que se trata.

EL SABIO.

¿En qué pues?

EL MÉDICO JÓVEN.

Pocos médicos llegaban en las sangrías bastante adelante para atajar las inflamaciones agudas del pecho; y ciñéndose á disminuir la fuerza del pecho, dejaban á la naturaleza la incumbencia de consumar la cura.

EL SABIO.

¿Carecian de razon? quiere agotar Vm. á un paciente para sanarle?